

DOMINGO UNIVERSAL DE MISIONES OCTUBRE “MES MISIONERO” 2026

*Cien años encendiendo la llama de la fe en el mundo, caminando
juntos en la misión! Nos recuerda que cada bautizado es un enviado.
"Seamos una Iglesia reconciliada que lleva el Evangelio a cada
rincón de la tierra".*

100 años



MEDITACIONES SOBRE LAS LECTURAS BÍBLICAS DE LA SANTA MISA DE MES DE LAS MISIONES OCTUBRE 2026

Uno en Cristo, unidos en la misión.

*Por encargo de la Pontificia Unión Misional, han colaborado en la redacción
de estas meditaciones las siguientes Direcciones Nacionales de las Obras Misionales
Pontificias: Italia, India y Estados Unidos.*

¹Los comentarios del 1 al 7 de octubre fueron facilitados por la Dirección Nacional de las OMP en Italia (Missio Italia), a la que expresamos nuestro sincero agradecimiento, especialmente al autor de los textos, el reverendo padre Alessandro Sacchi, misionero del PIME.

²Los comentarios del 8 al 16 de octubre han sido elaborados por la Dirección Nacional de las OMP en India, a la que expresamos nuestro sincero agradecimiento, especialmente al autor de los textos, el Reverendo Profesor Yesu Karunanidhi, Misionero de la Misericordia de la Arquidiócesis de Madurai, India.

³Los comentarios del 17 al 31 de octubre fueron escritos por Mons. Roger Landry, director nacional de las OMP en los Estados Unidos, a quien expresamos nuestra sincera gratitud.

JUEVES, 1 DE OCTUBRE DE 2026
SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, VIRGEN Y DOCTORA DE LA IGLESIA
JOB 19,21-27; SAL 26; LC 10,1-12

La liturgia nos introduce de inmediato al tema de la misión, que nos acompañará durante todo el mes de octubre, año en que celebramos el centenario del Día Mundial de las Misiones y el 110 aniversario de la fundación de la PMU. La primera lectura presenta el clamor de Job, quien, en medio de su sufrimiento, expresa su anhelo de ver a Dios en acción, es decir, de ser liberado, ya en esta tierra, de su sufrimiento.

Jesús responde a esta expectativa de liberación cuando, en el pasaje del Evangelio, exhorta a sus discípulos a orar al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies, e inmediatamente después envía a 72 de ellos en una misión. De hecho, Lucas ya había mencionado poco antes, refiriéndose al Evangelio de Marcos, el envío inicial de doce discípulos, quienes, en su opinión, podían considerarse apóstoles de pleno derecho. Ahora, sin embargo, basándose en otra tradición, recuerda el envío de otros setenta y dos discípulos. Jugando con los números, quiere mostrar que Jesús, después de enviar a los doce a las doce tribus de Israel, también pensó en las demás naciones, que, según el libro del Génesis (en su traducción griega), eran precisamente setenta y dos. A ambas, Jesús les encomienda la tarea de anunciar la inminente llegada del reino de Dios. Esto significa el comienzo de un mundo nuevo, en el que se aliviará tanto sufrimiento y la paz, junto con la justicia y la solidaridad, finalmente prevalecerán.

Este es el ideal que los enviados deben proclamar ahora, potencialmente al mundo entero, ilustrándolo ante todo con sus propias vidas. Por lo tanto, deben comportarse como corderos entre lobos, rechazando así la tentación de construir un mundo mejor mediante la violencia. Además, deben contentarse con el alimento que se les ofrece, evitando tal vez aquellos escrúpulos alimentarios que obstaculizaban las relaciones entre las personas. Finalmente, Jesús les da a los apóstoles el poder de sanar a los enfermos no solo de cuerpo, sino también de espíritu. El envío de los 72 discípulos nos toca de cerca. El Papa Francisco escribe: «Siguiendo a Cristo el Señor, los cristianos están llamados a transmitir la Buena Noticia compartiendo las condiciones de las personas que encuentran, siendo así portadores y constructores de esperanza» (Mensaje para el Jornada Mundial de las Misiones 2025). Y los misioneros también llevan a cabo esta tarea en nuestro nombre.

VIERNES, 2 DE OCTUBRE DE 2026
SANTOS ÁNGELES GUARDIANES
ÉX 23,20-23; SAL 90; MT 18,1-5.10

La primera lectura de la liturgia de hoy no habla de ángeles guardianes, sino de un mensajero (ángel) que, curiosamente, lleva el nombre sagrado de Dios. Esta es una imagen típicamente bíblica: Dios tiene su morada en los cielos más altos, pero al mismo tiempo está presente en este mundo. Esta aparente contradicción se resuelve imaginando que Dios permanece allá arriba, pero obra aquí abajo a través de su mensajero, quien, de hecho, es Dios mismo, en cuanto está presente y actúa en este mundo.

Para Israel, esta misteriosa presencia se manifestó primero en la liberación del pueblo de la esclavitud a la que habían sido sometidos en Egipto, y en su llegada a una tierra que manaba leche y miel. Un Dios que los había acompañado en aquel largo viaje, apoyándolos y ayudándolos a superar las dificultades que encontraron, y sobre todo, que les había hablado y les había dado una ley de libertad, los Diez Mandamientos, que garantizaban relaciones de justicia y fraternidad entre el pueblo. Si el pueblo hubiera transgredido estas normas, inevitablemente habría vuelto a caer en la esclavitud, como de hecho ocurrió con la caída de Jerusalén y el exilio babilónico.

Jesús también proclamó su evangelio de libertad, recorriendo las calles de Galilea y compartiendo las alegrías y los sufrimientos, a menudo trágicos, de la gente común. Sentía predilección por los menos afortunados, aquellos que padecían enfermedades repugnantes o ejercían profesiones despreciadas, lo que los marginaba de la sociedad y los excluía del culto; los niños eran un claro ejemplo.

A todos ellos, Jesús les dirigió sus preferencias y enseñó que solo quienes se humillan pueden entrar en el reino de Dios. Este es el camino que han seguido muchos misioneros, quienes han logrado conmover los corazones de las personas anunciando la llegada del reino de Dios y manifestando con palabras y obras la misericordia divina para todos, comenzando por los más pobres y desfavorecidos. «La misión es un incansable ir hacia toda la humanidad para invitarla al encuentro y a la comunión con Dios» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2024). Y este es también el camino que los misioneros, con su ejemplo, indican a sus iglesias de origen.

SÁBADO, 3 DE OCTUBRE DE 2026
JOB 42,1-3.5-6.12-17; SAL 118; LC 10,17-24

Job era un hombre muy rico que se creía honesto y justo, y estaba convencido, de acuerdo con la mentalidad de la época, de que la cantidad de sus posesiones lo confirmaba. Por lo tanto, cuando fue despojado de ellas, se enfrentó al duro juicio de quienes creían que se debía a algún pecado grave que había cometido. Sin embargo, Job no se resignó a ser tratado como un pecador. Por consiguiente, protestó enérgicamente contra Dios, quien lo había puesto en esa difícil situación. Finalmente, Dios mismo intervino y respondió simplemente describiendo las maravillas que había obrado en este mundo, las cuales atestiguan su poder indiscutible. Ahora, Job finalmente comprendió que Dios obra en este mundo no como un juez que reparte recompensas o castigos, sino como una energía vital que mueve este mundo y se manifiesta en ese anhelo de bondad, compasión y amor que reside en lo más profundo del corazón humano.

Los discípulos enviados por Jesús para proclamar la llegada del reino de Dios comprendieron que Dios, de manera misteriosa, se les había adelantado. Fue Él quien obró en las señales que realizaron, manifestando su victoria sobre las fuerzas del mal y su misericordia para con todos los que sufrían enfermedades y padecimientos de cualquier índole. Su única tarea era mantener viva la esperanza de un mundo mejor, en el que el mal desaparecería definitivamente. Por lo tanto, Dios no es prerrogativa exclusiva de judíos o cristianos, sino que está presente y actúa en todos, y debemos buscarlo y descubrirlo en cada persona.

Esto es lo que subraya Juan Pablo II cuando escribe: «El Concilio Vaticano II recuerda la acción del Espíritu en el corazón del hombre, mediante las «semillas de la Palabra», incluso en las iniciativas religiosas, en los esfuerzos de la actividad humana encaminados a la verdad, al bien y a Dios» (Redemptoris missio 28). Este es el mensaje que los misioneros proclaman a sus iglesias de origen, ayudándolas así a no quedarse estancadas en sus marcos dogmáticos y morales, sino a abrirse al mundo exterior y buscar también allí la misteriosa presencia de Dios.

DOMINGO, 4 DE OCTUBRE DE 2026
XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
IS 5,1-7; SAL 79; FLP 4,6-9; MT 21,33-43

Según la tradición evangélica, en la víspera de su pasión, Jesús contó la parábola de los labradores asesinos, en la que prefiguró el dramático suceso de su muerte. La liturgia de este domingo la presenta recordando un aspecto de su mensaje: el dogma fundamental de Israel, a saber, su identidad como pueblo elegido. De hecho, como primera lectura, el texto presenta un pasaje de Isaías con la alegoría de la viña, que describe el amor de Dios por este pueblo que, en lugar de serle fiel, se rebeló contra él: una traición que consistió esencialmente en la transgresión de las normas contenidas en el Decálogo, que constituían la base de la alianza entre Dios e Israel. Sin la práctica de la justicia, la alianza no podía existir, e Isaías lo afirmó, amenazando con la destrucción de la viña.

Jesús retoma este tema, dirigiéndose, como Lucas había enfatizado poco antes, a los sumos sacerdotes y a los ancianos, es decir, a los guardianes de la alianza. Se consideraban intermediarios entre Dios y su pueblo, y de ello obtenían honor, respeto, poder y ventajas materiales. En virtud de esta prerrogativa, se inmiscuían en la vida de las personas, imponiéndoles cargas que ellos mismos no estaban dispuestos a llevar (cf. Mt 23,4). Y para garantizar estos privilegios, se aliaron con los romanos y participaron con ellos en la explotación del pueblo. Contra esta explotación de la religión, Jesús había protestado expulsando del templo a los vendedores de palomas y a los cambistas, que actuaban en nombre de los sacerdotes. Ahora, los compara con los labradores asesinos que se rebelan contra el dueño de la viña, presagiando su ruina y la transferencia de su alianza a otros.

Mateo sugiere que Jesús se refería a la Iglesia, que, según Pablo, representa al Israel del fin de los tiempos, custodio de la nueva alianza prometida por los profetas. Lamentablemente, a lo largo de los siglos, incluso los líderes de la Iglesia a menudo han caído en las mismas contradicciones que los sacerdotes y ancianos de Israel, considerando la adhesión a la Iglesia como el único camino a la salvación e imponiendo doctrinas y prácticas a los creyentes que no siempre se ajustan a las enseñanzas de Jesús. Esto es lo que Pablo quería evitar cuando, en el pasaje de la carta a los Filipenses citado en la liturgia de este domingo, los exhortó a atesorar todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable y honorable; en una palabra, todo lo que es virtuoso y digno de alabanza, dondequiera que se encuentre.

El Papa Francisco aludió a esta directriz cuando, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones en 2025, se exhortó a los cristianos a ser «misioneros de la esperanza entre los pueblos» y a no limitarse a actitudes cerradas o ensimismadas, sino a proclamar el Evangelio reabriendo dinámicas de cercanía fraterna, compasión y servicio. Muchos misioneros superaron la tentación a la que alude el Papa cuando se encontraron entre poblaciones no cristianas, para quienes el sacerdocio no les otorgaba ningún privilegio y para quienes los modelos y estructuras de las iglesias antiguas ya no eran aplicables. Su experiencia, sin duda, contribuyó a que concibiéramos la Iglesia no como la única arca de salvación, sino como una comunidad de hermanos y hermanas al servicio de la verdadera paz y del progreso compartido y solidario.

LUNES, 5 DE OCTUBRE DE 2026
GÁL 1,6-12; SAL 110; LC 10:25-37

El otro evangelio que Pablo, en su carta a los Gálatas, denuncia como una traición al verdadero evangelio de Jesús, consiste en la idea de que los paganos no podían ser recibidos en la comunidad cristiana a menos que aceptaran la circuncisión y se comprometieran a observar la Ley mosaica. Para Pablo, esto no es así: el pagano debe ser acogido en su humanidad, sin condiciones discriminatorias, porque solo Jesús es el autor de la salvación.

En el pasaje del Evangelio, Jesús aborda un tema similar en una conversación con un abogado. El abogado le había preguntado qué debía hacer para obtener la vida eterna, y Jesús coincidió con él en que debía observar el mandamiento que exige amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. El abogado le hizo entonces otra pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?”. En respuesta, Jesús le contó una parábola basada en un hecho reciente: un judío había sido asaltado por ladrones, quienes lo robaron y lo dejaron medio muerto al borde de un camino desierto. Primero un levita y luego un sacerdote pasaron por allí, pero no se detuvieron; entonces llegó un samaritano y ofreció al desafortunado hombre la ayuda que necesitaba. Este fue un gesto humano, pero reveló una anomalía: los dos primeros eran hombres religiosos para quienes el hombre necesitado, por ser judío, era su prójimo, pero no lo reconocieron como tal. Para el samaritano, sin embargo, no estaba cerca, sino lejos, pues pertenecía a un pueblo diferente, hostil y rival; al interesarse por él, se convirtió así en su prójimo.

La interpretación es clara: el amor no debe dirigirse únicamente a aquellos con quienes tenemos parentesco, amistad o intereses comunes, sino que debe abrirse potencialmente a todos los necesitados. Así interpretaron los misioneros la enseñanza del Señor, al convertirse en prójimos de personas lejanas y desconocidas, ofreciéndoles toda la ayuda posible y derribando cualquier discriminación derivada de la diversidad étnica, lingüística y cultural. El ejemplo de los misioneros es especialmente relevante hoy para los cristianos de nuestras antiguas comunidades, quienes están invitados a reconocer como prójimos dignos de amor a las muchas personas lejanas que, impulsadas por la pobreza y la guerra, han llegado a nuestras costas. La misión es una constante entrega, un camino que derriba fronteras, supera barreras y lleva el Evangelio allí donde la humanidad está herida (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2022). De esta manera, la Iglesia se convierte en un hogar abierto, un lugar de encuentro, donde diferentes pueblos se reconocen como hermanos y hermanas.

MARTES, 6 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIA DE SAN BRUNO
GÁL 1,13-24; SAL 138; LC 10,38-42

Antes de aceptar a Cristo, Pablo no era un incrédulo. Como fariseo, conocía bien las Escrituras y sin duda estaba al tanto de la predicación de Jesús. Si persiguió a los cristianos, quizás fue por temor a que el movimiento cristiano, con su fuerte mensaje mesiánico, provocara una peligrosa tensión entre las comunidades judías y las autoridades romanas. Su conversión a Cristo y su compromiso con la proclamación del Evangelio no fueron, desde luego, el resultado de una decisión repentina, sino la culminación de una profunda reflexión. Aunque era un hombre de acción, también era un hombre de oración, un místico que conoció a Jesús y comprendió su papel central en el plan de Dios.

Lucas ilustra la estrecha relación entre la oración y la acción a través del relato del encuentro de Jesús con las hermanas Marta y María. Jesús no reprende a Marta por su ajetreo: era su deber como ama de casa. Simplemente le dice que María, que escucha atentamente su palabra, ha escogido la mejor parte, que nadie le quitará. En la relación con Jesús, por lo tanto, la primacía no recae en la acción, sino en la oración, entendida como escuchar el evangelio de Jesús, seguido de la reflexión y una respuesta personal; y esto no solo en ocasiones especiales, sino como un estilo de vida. Este es un principio fácil de comprender. El evangelio que Jesús confió a la Iglesia no es un conjunto de doctrinas, preceptos y rituales para aprender y transmitir ciegamente. Más bien, es un mensaje de salvación que siempre debe ser «ensayado», explorado y aplicado a la realidad de la propia vida antes de ser comunicado a los demás.

Esta necesidad la sienten especialmente los misioneros que, por su vocación, llevan el Evangelio a entornos distintos de aquellos en los que nacieron y crecieron, pero nos concierne a todos. El Papa Francisco lo subraya cuando escribe: «Rezando mantenemos encendida la llama de la esperanza que Dios encendió en nosotros, para que se convierta en una gran hoguera, que ilumine y dé calor a todos los que están alrededor, también con acciones y gestos concretos inspirados por esa misma oración» (Mensaje para el Domingo Mundial de las Misiones 2025). Sin embargo, esto solo es posible si evitamos limitar la oración a una serie de peticiones o fórmulas que se repiten a menudo de forma mecánica.

MIÉRCOLES, 7 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA DEL ROSARIO
GÁL 2,1-2.7-14; SAL 116; LC 11,1-4

El desacuerdo entre Pablo y Pedro debió ser particularmente serio si desembocó en el enfrentamiento directo que el propio Pablo relata en su Carta a los Gálatas. Según el relato de Lucas en los Hechos de los Apóstoles, Pedro fue el primero en comprender que no era necesario exigir a los paganos que seguían a Cristo que observaran las normas dietéticas y rituales de la ley mosaica. Por lo tanto, como recuerda Pablo, si bien se mantuvo fiel a estas normas, se sintió libre de transgredirlas para compartir las comidas comunitarias con los cristianos que provenían del paganismo.

Pablo, también en su carta a los Romanos, apoya esta postura. Si critica a Pedro, es porque en cierto momento, por temor a aquellos judeocristianos que tenían opiniones diferentes, Pedro se había retractado, creando así una división en la comunidad. El incidente del enfrentamiento entre Pablo y Pedro subraya la importancia de buscar siempre con sinceridad aquello que realmente establece la unidad de los creyentes entre sí y con Cristo. En este sentido, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026, el Papa León escribió: «Ser cristianos no es ante todo un conjunto de prácticas o ideas; es una vida en unión con Cristo [...]. De esta unión brota la comunión recíproca entre los creyentes y nace toda fecundidad misionera».

Si queremos comprender lo esencial del cristianismo, la oración del Padrenuestro, enseñada por Jesús y que se encuentra en el Evangelio, puede sernos útil. En ella, nos enseña a invocar a Dios como Padre: esto presupone, naturalmente, la convicción de que todos los seres humanos somos hermanos, dotados de los mismos derechos y deberes, y por lo tanto debemos respetarnos y amarnos siempre. La santificación del nombre de Dios expresa, en armonía con las palabras del profeta Ezequiel, la esperanza de un mundo mejor, el reino de Dios, por el cual vale la pena luchar. En consecuencia, se afirma la necesidad de una distribución justa de los bienes de la tierra entre todos y el perdón mutuo de los pecados; finalmente, se pide ayuda para liberarse de la tentación, es decir, de la ilusión de poder mejorar el mundo mediante el ejercicio del poder. Este es el mensaje fundamental que Jesús confió a su Iglesia y del que dan testimonio los misioneros en todo el mundo.

JUEVES, 8 DE OCTUBRE DE 2026
GÁL 3,1-5; LC 1,68-75; LC 11,5-13

La Palabra de Dios hoy sitúa la misión en el centro de la fe misma. En la Carta a los Gálatas, Pablo interpela a los gálatas preguntándoles: «¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por haber escuchado con fe?» (Gál 3,2). La misión no comienza con el esfuerzo humano ni con la corrección ritual, sino con la docilidad al Espíritu. Cuando la fe se reduce a una simple observancia externa, la misión se marchita. Cuando la fe permanece como un encuentro con Cristo vivo, el Espíritu continúa actuando, transformando y enviando. Como nos recuerda Ad Gentes, la Iglesia es «misionera por su naturaleza», nacida del envío del Hijo y del Espíritu (AG 2).

El Benedictus de Zacarías (Lc 1,68-75) sitúa la misión dentro de la fidelidad salvadora de Dios. Dios visita y redime a su pueblo, no para encerrarlo en privilegios, sino para liberarlo «de las manos de sus enemigos» para que pueda servir sin temor, en santidad y justicia. La misión es liberación para el servicio. Como destacan recientes reflexiones misioneras, la Iglesia no se proclama a sí misma, sino que da testimonio de Dios, quien permanece fiel a sus promesas y atento a los clamores de la humanidad (cf. Papa Francisco, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2024; véase también 2 Cor 4:5).

En el Evangelio (Lc 11,5-13), Jesús presenta la oración como una confianza audaz y perseverante. El discípulo misionero es aquel que llama incansablemente, confiando en que el Padre no entrega piedras, sino el Espíritu Santo. La misión se sustenta no solo en la estrategia, sino también en la oración que se atreve a pedir. Como afirma Ad Gentes, el Espíritu es el principal agente de la misión, quien prepara los corazones y guía a los evangelizadores (cf. AG 4).

En un mundo marcado por el cansancio y el miedo, las lecturas de hoy invitan a la Iglesia a renovar su celo misionero: a confiar en el Espíritu, a servir con generosidad y a orar con perseverancia. Solo una Iglesia arraigada en la fe, la oración y la esperanza puede proclamar verdaderamente a Cristo a todas las naciones.

VIERNES, 9 DE OCTUBRE DE 2026

**MEMORIA DE SAN JUAN LEONARDI, SACERDOTE, Y DE SAN JUAN ENRIQUE
NEWMAN, SACERDOTE Y DOCTOR DE LA IGLESIA.**

GÁL 3,7-14; SAL 110; LC 11,15-26

Las lecturas de hoy revelan la esencia del Evangelio como una proclamación misionera de libertad, bendición y elección decisiva.

En la primera lectura, Pablo redefine valientemente la pertenencia al pueblo de Dios: «Reconoced, pues, que hijos de Abrahán son los de la fe» (Gál 3,7). La misión no consiste en la expansión de un sistema cultural o jurídico, sino en la ampliación de la fe. Cristo redime a la humanidad de la maldición de la ley haciéndose maldición él mismo, para que «la bendición de Abrahán alcanzase a los gentiles» (Gál 3,14). Aquí reside el núcleo de la exégesis misionera: la cruz no es un obstáculo para la misión, sino su fuente. Como enseña Ad gentes, la Iglesia es enviada a hacer presente este misterio de salvación entre todos los pueblos, no por imposición, sino por la proclamación de la gracia (cf. AG 6).

En el Salmo 110, el salmista agradece a Dios su fidelidad a la alianza. Dios recuerda su alianza y a su pueblo. La misión surge del recuerdo de Dios hacia nosotros y del recuerdo que nosotros tenemos de los demás. La enseñanza misionera contemporánea subraya que la evangelización hoy requiere una autoridad espiritual arraigada en la comunión con Cristo, no en el poder ni en la ideología (cf. Papa Francisco, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2025).

En la lectura del Evangelio, Jesús aborda la acusación de que su misión está motivada por el mal. Responde con claridad: «Si por el dedo de Dios expulso a los demonios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros». La misión es una lucha espiritual. La neutralidad es imposible: «Pero si por el dedo de Dios expulso a los demonios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 15,20). El Evangelio advierte contra una fe vacía que expulsa el mal, pero no acoge a Cristo. Un hogar limpio pero deshabitado vuelve a ser vulnerable.

Por lo tanto, los discípulos misioneros están llamados no solo a rechazar el mal, sino también a llenarse de Cristo. Como afirma Ad Gentes, la conversión consiste tanto en apartarse de los ídolos como en abrir plenamente la vida al Dios vivo (cf. AG 13). Solo una Iglesia habitada por Cristo puede ser un signo creíble del Reino para el mundo.

SÁBADO, 10 DE OCTUBRE DE 2026
GÁL 3,22-29; SAL 104; LC 11:27-28

La Palabra de Dios proclama hoy una visión profundamente misionera de la fe, la identidad y la pertenencia.

En la primera lectura, Pablo anuncia un punto de inflexión decisivo en la historia de la salvación. La Ley, que antes era protectora, cede ante la fe en Cristo. Mediante el bautismo, los creyentes se revisten de Cristo y entran en una nueva comunión donde las divisiones pierden su poder: «No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3,28). La misión, por lo tanto, no consiste en crear uniformidad, sino en revelar una unidad más profunda arraigada en Cristo. La Iglesia no exporta una cultura; ofrece una nueva identidad. Como afirma Ad Gentes, quienes creen en Cristo se incorporan a un pueblo procedente de todas las naciones, culturas e historias (cf. AG 5).

La enseñanza misionera contemporánea nos recuerda que la evangelización de hoy debe estar atenta a los signos del Espíritu que ya obran en los pueblos, las culturas y las historias, invitando a la colaboración en lugar de la conquista (cf. Papa León XIV, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026).

En el Evangelio (Lc 11,27-28), una mujer alaba a la madre de Jesús, pero Jesús redirige la bendición: «Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». El discipulado misionero no se define por el privilegio ni la cercanía, sino por la obediencia a la Palabra. María es bienaventurada no solo por haber dado a luz a Cristo, sino porque escuchó, creyó y vivió plenamente la Palabra. La Iglesia, al igual que María, se convierte en misionera cuando escucha antes de hablar.

Así, las lecturas de hoy invitan a la Iglesia a redescubrir su identidad misionera: revestida de Cristo, animada por el Espíritu y obediente a la Palabra. Como enseña Ad Gentes, la misión es la manifestación del plan de Dios para reunir a toda la humanidad en un solo pueblo en Cristo (cf. AG 1). Una Iglesia que vive esta unidad se convierte en un signo creíble de esperanza para un mundo fragmentado.

DOMINGO, 11 DE OCTUBRE DE 2026
XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
IS 25,6-10A ; SAL 23; FLP 4,12-14.19-20; MT 22,1-14

La liturgia de hoy se despliega ante nosotros como una magnífica visión de la generosidad de Dios, una visión que interpela profundamente la identidad misionera de la Iglesia. En el corazón de la Palabra de Dios se encuentra una imagen poderosa y recurrente: un banquete preparado por Dios mismo. Esto no es casualidad. Las Escrituras utilizan el lenguaje de la celebración para describir la salvación, la comunión, la alegría y la plenitud.

En la primera lectura de Isaías, escuchamos una de las promesas más reconfortantes de la Biblia: “En este monte el Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos un banquete de manjares exquisitos,

Un banquete de excelentes vinos, de manjares exquisitos, de vinos refinados». Estas no son meras imágenes poéticas; son una revelación teológica. El plan de Dios es universal. El banquete no se prepara para unos pocos elegidos, ni para los perfectos, ni para los privilegiados, sino para todos los pueblos. Aquí encontramos el fundamento más profundo de la misión. La Iglesia no crea su vocación misionera; la recibe del corazón mismo de Dios, que desea que toda la humanidad se incorpore a su vida.

Isaías continúa con palabras de profunda esperanza: Dios quitará el velo que cubre a las naciones, destruirá la muerte para siempre y enjugará las lágrimas de todos los rostros. La salvación se describe no como una evasión, sino como una sanación; no como una exclusión, sino como una restauración. La misión, por lo tanto, es participar en la obra de vida y consuelo de Dios. Es extender la misericordia divina a las heridas del mundo. El Salmo 23 evoca esta misma visión a través de la tierna imagen del pastor: «El Señor es mi pastor [...]. Preparas mesa ante mí». Incluso en el valle de la sombra de la muerte, no hay por qué temer. ¿Por qué? Porque la presencia de Dios lo transforma todo. La vida cristiana se sustenta en la generosidad divina. La gratitud se convierte en el terreno fértil del que nace la misión. Quienes han experimentado el cuidado de Dios no pueden permanecer encerrados en sí mismos.

San Pablo, en su carta a los Filipenses, revela la libertad interior del discípulo misionero: «Sé vivir en pobreza y abundancia» (Flp 4,12). El secreto de Pablo no reside en la fuerza personal, sino en la confianza centrada en Cristo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta». La vida misionera inevitablemente atraviesa dificultades y consuelos, escasez y abundancia. Sin embargo, cuando Cristo se convierte en el verdadero tesoro, las circunstancias pierden su poder.

Pablo también expresa gratitud por la solidaridad de la comunidad: «Hicisteis bien en compartir mis tribulaciones» (Flp 4,14). La misión nunca es una empresa aislada. Se sustenta en la oración, la generosidad, el sacrificio y la comunión. Aquí escuchamos la enseñanza constante de los Papas, especialmente en sus mensajes para la Jornada Mundial de las Misiones. El Papa Francisco nos recuerda repetidamente que la misión pertenece a toda la Iglesia. Algunos son enviados, otros apoyan, pero todos participan. El Evangelio avanza a través de una red de fe y caridad.

El Papa Francisco habla de una Iglesia que «avanza», una Iglesia que se niega a permanecer estancada en su zona de confort o en su instinto de autopreservación. La misión, insiste, nace del encuentro con Cristo y se expresa a través de la compasión. La

evangelización no es propaganda; es compartir la alegría. Es el desbordamiento natural de un corazón tocado por la misericordia.

El Papa León XIV, continuando con esta visión misionera, llama a la Iglesia a redescubrir la esperanza como motor de la evangelización. La misión se sustenta en la certeza de que Cristo está vivo y activo en la historia. No difundimos un mensaje abstracto, sino que damos testimonio de un Señor vivo. La esperanza infunde valor. La esperanza genera perseverancia. La esperanza hace posible la misión incluso en un mundo agotado.

En el Evangelio, Jesús presenta la parábola de la boda. Una vez más, la imagen del banquete. Pero ahora nos encontramos con una tensión dramática: los invitados se niegan a asistir. La tragedia no es la hostilidad, sino la indiferencia. Están distraídos, preocupados, absortos en sus propios asuntos. ¡Qué oportuno suena esto! La misión hoy en día a menudo no se topa con el rechazo absoluto, sino con el olvido silencioso, una vida llena de ruido y urgencia.

Sin embargo, el rey no cancela el banquete. Extiende la invitación: «Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, llamados a la boda» (Mt 22,9). Esta es la misión en su forma más pura. El Evangelio se expande. Las fronteras se disuelven. Se da la bienvenida a los invitados inesperados. Aquí vemos el mandato misionero de la Iglesia: la invitación de Dios debe llegar a todos, especialmente a aquellos que jamás imaginaron que sería incluida.

Pero la parábola termina con una seria advertencia: el invitado sin traje de boda. No se trata de la apariencia externa, sino de la transformación interior. La misericordia de Dios es universal, pero nunca superficial. Aceptar la invitación significa aceptar la conversión. La misión no es solo inclusión; es participación en una vida transformada por la gracia. Tanto el Papa Francisco como el Papa León XIV enfatizan este equilibrio esencial. La Iglesia proclama una misericordia infinita y llama a un discipulado auténtico. El Evangelio consuela, pero también transforma. El amor divino nos acoge tal como somos, pero nunca nos deja inmutables.

Estas lecturas nos interpelan directamente. Estamos invitados al banquete. La Eucaristía que celebramos es ya un anticipo del festín de Isaías. Aquí Cristo reúne a su pueblo. Aquí el cielo toca la tierra. Aquí la gratitud se convierte en misión. Cada Misa concluye con un envío, recordándonos que la fe debe expandirse hacia afuera en testimonio.

Preguntémonos: ¿vivimos conscientes de nuestra invitación? ¿Irradia alegría nuestra fe? ¿Es visible nuestra esperanza para los demás? El mundo anhela, a menudo en silencio, sentido, sanación y esperanza. La Iglesia es enviada como signo del banquete de Dios: un signo de que la comunión es posible, de que la misericordia es real, de que la vida triunfa sobre la muerte.

Las palabras de Isaías se convierten en nuestra oración: «Este es el Señor en quien esperamos. ¡Celebremos y gocemos con su salvación!» (Is 25,9). La misión, en última instancia, es esta alegría compartida.

LUNES, 12 DE OCTUBRE DE 2026

GÁL 4,22-24,26-27,31-5,1; SAL 112; LC 11,29-32

Las lecturas de hoy ponen de relieve el drama misionero de la libertad cristiana, la fe y la responsabilidad.

En Gálatas 4,22–5,1, Pablo contrasta la esclavitud y la libertad mediante las figuras simbólicas de Agar y Sara. El mensaje es inequívoco: «Para la libertad nos ha liberado Cristo». La misión comienza precisamente con esta liberación interior. Una Iglesia que vive con miedo, legalismo o autoprotección no puede proclamar el Evangelio con convicción. La libertad no es independencia de Dios, sino vida en el Espíritu. Como enseña Ad Gentes, la Iglesia es enviada a proclamar la gloriosa libertad de los hijos de Dios (cf. AG 8). Por lo tanto, la evangelización no consiste en la imposición de cargas, sino en la proclamación de la liberación en Cristo.

El Salmo 112 alaba el nombre del Señor. El nombre del Señor guía al pueblo. El testimonio misionero nace no de la ansiedad, sino de la confianza. Como se enfatizó en el reciente mensaje misionero, la unión con Cristo genera valentía, serenidad y generosidad, cualidades esenciales para la evangelización (cf. Papa León XIV, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026). Un discípulo temeroso no puede ser un mensajero alegre.

En Lucas 11,29-32, Jesús reprende la exigencia de señales. La única señal que se da es Jonás: el llamado a la conversión. La proclamación misionera siempre conlleva esta dimensión profética. El Evangelio no es un espectáculo, sino una invitación a la transformación. Nínive escuchó y se convirtió; la reina del sur buscó sabiduría. La tragedia de la incredulidad no radica en la falta de evidencia, sino en la resistencia del corazón. Como nos recuerda Ad Gentes, la conversión es la respuesta esencial a la proclamación misionera (cf. AG 13).

En conjunto, estas lecturas invitan a la Iglesia a redescubrir la esencia de su misión: libertad en Cristo, confianza en Dios y apertura a la conversión. La evangelización brota de un corazón liberado, sostenido por la fe y orientado a la transformación. Solo una Iglesia así puede convertirse, en todas las épocas, en un signo creíble de esperanza y salvación para el mundo.

MARTES, 13 DE OCTUBRE DE 2026
GÁL 5,1-6; SAL 118; LC 11,37-41

La Palabra de Dios nos invita hoy a redescubrir la profunda verdad de la libertad cristiana y la integridad del testimonio misionero.

En Gálatas 5,1-6, la proclamación de Pablo es a la vez liberadora y exigente: «Para la libertad nos ha liberado Cristo». Sin embargo, la libertad no implica un retorno a una vida egocéntrica, ni la esclavitud a observancias externas. La circuncisión o la incircuncisión —símbolos de identidad religiosa— ya no definen al creyente. Lo que verdaderamente importa es «la fe que obra por el amor». La vida misionera surge precisamente de esta dinámica. La evangelización es creíble cuando la fe se manifiesta en la caridad. Como enseña Ad Gentes, la misión de la Iglesia no es meramente la transmisión de la doctrina, sino la manifestación del amor de Dios en el mundo (cf. AG 11).

En el Salmo 118, el salmista alaba a Dios y expresa su deseo de preservar para siempre la palabra del Señor. La alabanza se convierte en testimonio. Un corazón arraigado en la fidelidad de Dios irradia esperanza. La alegría cristiana misma se transforma en misionera, pues revela la presencia viva de Dios con mayor elocuencia que muchas palabras.

En Lucas 11,37-41, Jesús aborda la obsesión de los fariseos por la pureza exterior. La crítica es mordaz: «Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera [...] pero por dentro reboáis de rapiña y maldad». El Evangelio desenmascara una tentación perenne: la corrección religiosa sin conversión interior. Para los discípulos misioneros, esta advertencia es crucial. La credibilidad del mensaje depende de la coherencia de la vida. Como nos recuerda Ad Gentes, la Iglesia evangeliza ante todo mediante el testimonio, con lo que precede a lo que dice (cf. AG 6).

La instrucción de Jesús es extraordinariamente sencilla: «Con todo, dad limosna de lo que hay dentro, y lo tendréis limpio todo» (Lc 11,41). La caridad purifica. El amor restaura la integridad. La misión no se sostiene por las apariencias, sino por corazones transformados.

Las lecturas de hoy invitan a la Iglesia a examinarse a sí misma: ¿Está nuestra libertad arraigada en Cristo? ¿Está nuestra fe viva en el amor? ¿Está nuestro testimonio marcado por la autenticidad? Solo una Iglesia purificada interiormente —con una fe viva a través del amor— puede convertirse en un signo convincente del Reino de Dios en el mundo.

MIÉRCOLES, 14 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIAL DE SAN CALIXTO I
GÁL 5,18-25; SAL 1; LC 11,42-46

Las lecturas de hoy nos confrontan con una verdad misionera fundamental: el Evangelio transforma no solo la fe, sino la vida misma.

En Gálatas 5,18-25, Pablo establece un claro contraste entre las «obras de la carne» y los «frutos del Espíritu». No se trata simplemente de una lista de preceptos morales, sino de un diagnóstico misionero. Una vida dominada por los celos, la discordia, el egoísmo y los excesos no puede revelar el Reino de Dios. La misión no se sostiene solo con palabras, sino mediante una transformación visible. El cristiano se convierte en signo de la presencia de Dios cuando el Espíritu da fruto: amor, alegría, paz, paciencia y bondad. Como enseña Ad Gentes, la misión de la Iglesia es manifestar y comunicar la caridad de Dios a toda la humanidad (cf. AG 10). El fruto del Espíritu es, por lo tanto, misionero por naturaleza: hace perceptible el amor de Dios.

El Salmo 1 profundiza esta visión. Los bienaventurados se deleitan en la ley del Señor y se convierten en árboles plantados junto a corrientes de agua. Estabilidad, fecundidad y resiliencia: estas son cualidades misioneras. El discípulo arraigado en Dios se convierte en fuente de vida para los demás. La misión requiere raíces profundas. Sin raíces sólidas, el testimonio se marchita.

En Lucas 11,42-46, Jesús ofrece una crítica penetrante de la hipocresía religiosa. Los fariseos observan meticulosamente el diezmo, pero descuidan la justicia y el amor. Los doctores de la ley imponen cargas, pero no muestran compasión. Aquí el Evangelio pone al descubierto un peligro que siempre amenaza a los creyentes: la religiosidad externa sin conversión interna. Tal religión no es atractiva; aliena. Como nos recuerda Ad Gentes, la Iglesia debe dar testimonio a través de una vida que refleje el Evangelio que proclama (cf. AG 11).

Jesús no rechaza la ley, sino que restaura su esencia: justicia, misericordia y amor. El discipulado misionero exige constancia. El fruto del Espíritu debe moldear las relaciones, las prioridades y las actitudes.

La Palabra de hoy invita a la Iglesia a examinar su autenticidad. ¿Nuestras vidas dan fruto del Espíritu? ¿Nuestra religión nos libera o nos agobia? La verdadera misión surge de una vida llena del Espíritu, arraigada en Dios, que irradia justicia y marcada por el amor. Solo un testimonio así hace que el Evangelio sea creíble en el mundo.

JUEVES, 15 DE OCTUBRE DE 2026

**MEMORIA DE SANTA TERESA DE JESÚS, VIRGEN Y DOCTORA DE LA IGLESIA
EF 1,1-10; SAL 97; LC 11,47-54**

Las lecturas de hoy nos revelan la gran visión del plan de salvación de Dios.

En su Carta a los Efesios, san Pablo nos dice que fuimos elegidos en Cristo incluso antes de la creación del mundo. El plan de Dios es claro: «llevar todas las cosas a Cristo, que es una sola cabeza» (Ef 1,10). La misión comienza aquí, no por nuestra propia iniciativa, sino por la de Dios. Formamos parte de un plan divino que busca reunificar a una humanidad dividida en unidad y comunión.

Nos recuerda Ad gentes, la Iglesia es misionera porque participa precisamente en este plan de Dios (ver AG 2).

El Salmo 97 expresa este plan con alegría: «Los confines de la tierra han contemplado | la salvación de nuestro Dios». La salvación no debe permanecer oculta; debe ser proclamada, celebrada y compartida.

El Papa Francisco suele destacar que el Evangelio se difunde a través de la alegría, una alegría que atrae a otros y los conduce a Cristo. La misión nace de la gratitud y se expresa mediante el testimonio.

En Lucas 11,47-54, Jesús expone una trágica contradicción. Los líderes religiosos honran públicamente a los profetas, pero perpetúan la misma resistencia que provocó su rechazo. Sus críticas son severas porque hay mucho en juego. Aquí reside un peligro para todo creyente: preservar la religión sin permitir la conversión. La misión se ve obstaculizada no solo por el rechazo, sino también por la hipocresía y la cerrazón mental. Cuando las estructuras religiosas se defienden en lugar de acoger la voz de Dios, la Palabra es silenciada. El lamento de Jesús revela una advertencia misionera perenne: se puede preservar la tradición y, al mismo tiempo, resistirse a la conversión.

Ad gentes nos recuerda que la evangelización siempre implica renovación y purificación (AG 5). La Iglesia debe permanecer abierta a la Palabra profética que proclama. La credibilidad de la misión depende de la coherencia entre memoria y obediencia, doctrina y vida.

El Papa León XIV invita a la Iglesia a renovar su celo misionero mediante la esperanza y la conversión interior. Una Iglesia que escucha a Cristo se convierte en una Iglesia que abre sus puertas.

Hoy se nos invita a responder: a reconocer el plan de Dios, a regocijarnos en su salvación y a permanecer abiertos a su Palabra. Solo una Iglesia que escucha, se transforma y avanza con alegría puede convertirse verdaderamente en un signo de unidad y esperanza para el mundo.

VIERNES, 16 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIA DE SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE
EF 1:11-14; SAL 32; LC 12,1-7

La Palabra de Dios de hoy revela el fundamento profundo de la misión cristiana: identidad, confianza y testimonio sin temor.

En Efesios 1,11-14, Pablo habla de la asombrosa dignidad de los creyentes: elegidos, predestinados, sellados con el Espíritu Santo. La misión comienza aquí, no en la actividad, sino en la identidad. El cristiano no es ante todo un obrero, sino un heredero. El Espíritu se da como un «sello» y una «garantía», que identifica a los creyentes como pertenecientes a Dios y los dirige hacia la plenitud de la redención. La misión, por lo tanto, brota de la gratitud. Como nos recuerda Ad Gentes, la Iglesia es misionera porque nace del plan salvífico de Dios, no de la iniciativa humana (cf. AG 2). La evangelización es la expresión gozosa de lo que ya hemos recibido.

El salmo responsorial ofrece una visión que abarca a todos en el amor de la alianza de Dios.

En Lucas 12,1-7, Jesús aborda el tema del miedo, el gran obstáculo para la misión. Advierte contra la hipocresía, esa sutil división entre la apariencia y la verdad. Todo lo oculto saldrá a la luz. La integridad misionera exige transparencia en la vida. Pero el mensaje central de Jesús es de consuelo: «No tengan miedo». La providencia divina se extiende incluso al gorrión más pequeño; ¡cuánto más a aquellos a quienes se les confía el Evangelio!

La ausencia de temor no es autoconfianza, sino confianza en el cuidado fiel de Dios. Como enseña Ad gentes, los misioneros deben llevar el Evangelio con valentía, sostenidos por la certeza de que la gracia de Dios los precede y los acompaña (cf. AG 24).

En conjunto, estas lecturas conforman una espiritualidad misionera. Somos herederos, sellados por el Espíritu. Somos perdonados, sostenidos por la misericordia. Somos enviados, liberados del temor.

La misión no surge de la ansiedad ni de la compulsión. Es el esplendor natural de una vida arraigada en la elección divina, fortalecida por la gracia y sostenida por la providencia. Una Iglesia que confía en esta identidad se convierte en un testigo valiente y creíble ante el mundo.

SÁBADO, 17 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIAL DE SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, OBISPO Y MÁRTIR
EF 1,15-23; SAL 8; LC 12,8-12

Jesús nos dice muy directamente en el Evangelio de hoy: «Todo aquel que me reconozca abiertamente ante los hombres, lo reconocerá abiertamente el Hijo del hombre ante los ángeles de Dios.»

A primera vista, esto podría parecer que se trata solo de palabras —de si hablamos públicamente sobre Jesús. Pero va mucho más profundo. Se trata de si toda nuestra vida lo reconoce o lo niega sutilmente.

Jesús pronuncia estas palabras mientras preparaba a sus discípulos para la misión. Sabe que enfrentarán presión, oposición, incluso persecución. Les dice que no tengan miedo. El Padre cuida de ellos. El Hijo estará con ellos. Y el Espíritu Santo les dará las palabras que necesiten.

No deben tener miedo, en otras palabras, porque al enviarlos, él va con ellos.

Pero aún hay una decisión que tomar: ¿Reconoceremos a Cristo, o nos quedaremos en silencio, especialmente cuando nos cueste?

El miedo puede llevarnos a esconder nuestra fe, a ceder, a mantener a Jesús en los márgenes de nuestra vida. La fe, en cambio, nos da el valor de vivir abiertamente como discípulos suyos, confiando en que nuestra vida está en manos de Dios.

Hoy la Iglesia nos da un ejemplo poderoso en san Ignacio de Antioquía. De camino desde Esmirna (actual Izmir, Turquía) hacia su martirio en Roma, aprovechó el púlpito de sus cadenas para dar testimonio a los primeros cristianos mediante siete cartas. En una de ellas, escribió que quería convertirse en «el trigo de Dios», molido como pan por Cristo. Comprendió que seguir a Jesús significaba unirse a la entrega eucarística del Señor, seguir el camino del grano de trigo, «perder» la propia vida para salvarla.

A la mayoría de nosotros no se nos pedirá el martirio. Pero a todos se nos pide el testimonio —diario, concreto y muchas veces silencioso. En nuestras familias, en nuestro trabajo, en nuestras conversaciones, en la manera en que amamos. En ese testimonio, es Dios quien hace el trabajo más pesado. Como escribió el Papa Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2009: «La evangelización es obra del Espíritu y que incluso antes de ser acción es testimonio e irradiación de la luz de Cristo.»

Hoy, por la intercesión de san Ignacio de Antioquía, pidamos la ayuda del Espíritu Santo para reflejar la luz de Cristo y reconocerlo con nuestros labios y con nuestra vida.

DOMINGO, 18 DE OCTUBRE DE 2026
100ª JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES
XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
IS 45,1,4-6; SAL 96; 1TES 1,1-5B; MT 22,15-21

En esta Jornada Mundial de las Misiones, mientras rezamos por los misioneros de todo el mundo y por todos aquellos a quienes se esfuerzan por llevar a Jesús y su obra salvadora, encontramos en el Evangelio un recordatorio del corazón del Evangelio: que Dios nos ha creado por amor a su imagen y semejanza, que somos suyos, y que nos llama a la vida con él.

Estas verdades se revelan en la acalorada conversación de Jesús con los fariseos y los herodianos.

Estos dos grupos —rigoristas y laxistas respectivamente, y por tanto generalmente opuestos entre sí— conspiran juntos para tender una trampa a Jesús. Su pregunta parece sencilla, pero está malévolamente calculada: «¿Es lícito o no pagar el tributo al César?»

Si Jesús decía que sí, sabían, se arriesgaba a alienar al pueblo. Si decía que no, podría ser acusado de incitar a la rebelión contra Roma. Pero Jesús no se dejó atrapar. En cambio, pidió una moneda y planteó una pregunta más profunda: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?» Cuando respondieron «Del César», él replicó: «Den, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.»

La respuesta de Jesús es más que una brillante escapatoria de un dilema político. Nos estaba llevando más allá de una pregunta sobre los impuestos hacia la verdad de nuestra identidad.

Si la moneda lleva la imagen del César y pertenece al César, entonces lo que lleva la imagen de Dios pertenece a Dios.

Como atestigua el primer capítulo de la Biblia, hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. A través del bautismo, esa realidad creada se ha intensificado: hemos sido unidos a Cristo, hechos hijos del Padre y templos del Espíritu Santo. No pertenecemos a Dios parcialmente. Le pertenecemos enteramente. Él nos reclama amorosamente como suyos.

Este es el fundamento de nuestra vida cristiana y de nuestra misión cristiana.

La misión no comienza con lo que decimos o hacemos, sino con lo que somos. Cuando reconocemos que nuestra vida es un don de Dios y que en última instancia le pertenece, todo cambia. Nuestro tiempo, nuestras relaciones, nuestro trabajo, nuestros recursos —todo se convierte en parte de una ofrenda de nosotros mismos a él con gratitud y amor. El Papa León XIV, en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026, escribió que «cuanto más unidos estemos en Cristo, tanto más podremos cumplir juntos la misión que Él nos confía.» De esa unión con Dios, y en él con los demás, brota toda la fecundidad misionera.

Por eso el Evangelio nos desafía hoy.

Muchos de nosotros intentamos vivir una vida dividida. Lo compartimentamos todo. Quizás le damos algo a Dios, o incluso mucho a Dios, pero nos guardamos cosas para nosotros mismos. Sin embargo, Jesús nos llama a una entrega total, a amar a Dios no solo con algo, o incluso con la mayor parte de nuestra mente, corazón, alma y fuerzas, sino con todo.

«Dar a Dios lo que es de Dios» significa devolverle lo que él nos ha dado —y él nos ha dado nuestra vida, nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestras relaciones, nuestros recursos materiales, todo lo que somos y tenemos. Significa tratarlo no solo como una parte de nuestra vida, sino como su fuente, cumbre, raíz y centro.

Significa igualmente vivir a imagen de la Trinidad, en una comunión amorosa de personas con nuestros hermanos y hermanas. Este es el corazón de la misión, mientras nosotros y toda la Iglesia buscamos proclamar al mundo a cuya imagen han sido hechos y buscamos llevarlos a tener una verdadera comunión con Dios y con nosotros.

En esta Jornada Mundial de las Misiones, recordamos que Dios está interesado en 100 de cada 100, en 8.100 millones de 8.100 millones. Como escribió san Pablo VI para esta celebración en 1971: «Si alguna vez hubo un momento en que los cristianos, más que nunca en el pasado, están llamados a ser una luz que ilumine el mundo, una ciudad situada en una montaña, una sal que dé sabor a la vida de los hombres, este, sin duda, es nuestro tiempo. Nosotros, de hecho, tenemos el antídoto contra el pesimismo, los oscuros presagios, el desánimo y el miedo, de los que sufre nuestro tiempo. ¡Tenemos la Buena Noticia!»

Hoy, pues, el Señor nos invita a mirar de nuevo nuestra vida, no como algo que poseemos o que nos pertenece, sino como algo que hemos recibido como un don y del que somos administradores. Nos pide que le devolvamos ese don libremente y plenamente, especialmente a través de la manera en que usamos el don de la vida para ayudar a llevar a otros hacia él.

La forma en que más reflejamos la imagen divina es imitando las misiones del Hijo y del Espíritu Santo y cooperando con el plan de amor salvífico de Dios Padre, para que ninguno de sus hijos se pierda, sino que llegue a la vida eterna.

LUNES, 19 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIAL DE LOS SANTOS JUAN DE BRÉBEUF E ISAAC JOGUES,
PRESBITEROS, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES
MEMORIAL DE SAN PABLO DE LA CRUZ
EF 2,1-10; SAL 100; LC 12,13-21

Un hombre se acerca a Jesús en el Evangelio de hoy con lo que parece una petición razonable: «Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia.» Está pidiendo, al parecer, justicia, pero Jesús busca llevar a él y a la multitud a una consideración mucho más importante. Advierte a todos que «eviten toda clase de avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea.»

San Pablo diría que la raíz de todos los males es «el amor al dinero», o avaricia (1 Tim 6:10). Jesús insistiría en otro lugar en que no podemos servir a Dios y al dinero (Mt 6:24); o bien usaremos el dinero para servir a Dios o, como el hombre del Evangelio de hoy, nos esforzaremos por usar a Dios para buscar dinero.

Jesús, para ilustrar este punto crucial de la vida espiritual, nos da la parábola de un hombre rico que ha tenido una cosecha muy abundante. Sus graneros son demasiado pequeños para almacenar la producción, así que, en lugar de compartir con los que tienen hambre, construye graneros más grandes, pensando que eso le aseguraría la vida en el futuro previsible y le permitiría egoísta y egocéntricamente «comer, beber y disfrutar.»

Sin embargo, Jesús lo llama insensato porque esa misma noche moriría y no podría llevarse ninguna de sus riquezas. Jesús subraya la moraleja de la historia: «Lo mismo le pasa al que amontona riquezas para sí mismo y no se hace rico de lo que vale ante Dios.»

Jesús plantea la pregunta de si estamos buscando neciamente enriquecernos en cosas mundanas o esforzándonos sabiamente por ser ricos en lo que verdaderamente importa. Sabemos lo que le importa en última instancia a Dios. Jesús lo reveló con todo lo que enseñó sobre el Reino de Dios, que dijo que era un tesoro que valía la pena vender todo lo demás en la vida para obtenerlo (Mt 13,44). El propio san Pablo lo atestiguó cuando describió que la fe, la esperanza y el amor permanecen, pero lo más grande de todo es el amor hacia Dios y hacia los demás (1 Cor 13,13). Lo que en última instancia importa es la santidad, una vida que se convierte en una perfección del amor divino.

Vemos esa perfección en los grandes misioneros que la Iglesia celebra hoy: los Mártires de América del Norte, san Juan de Brébeuf, san Isaac Jogues y sus compañeros. Llenos del amor de Dios, dejaron su Francia natal para llevar el Evangelio al Nuevo Mundo, en lo que hoy es Canadá y el noreste de los Estados Unidos. Soportaron largos y brutales inviernos, nativos a menudo hostiles e indispuestos, el cautiverio, la tortura y salvajes martirios. Pero lo hicieron para enriquecer a otros con la vida y el amor de Cristo.

«La historia de las Misiones de estos últimos siglos lo demuestra, como una época llena de riesgo, aventura, heroísmo, martirio», escribió san Pablo VI para la Jornada Mundial de las Misiones en 1968. «La fe se ha convertido en lo que debe ser: dinámica, incontenible, incluso temeraria. La alegría de difundir el Evangelio ha compensado todo esfuerzo, todo sacrificio.»

San Juan Pablo II añadió en 2005: «Si uno se alimenta del Cuerpo y de la Sangre del

Señor crucificado y resucitado, no puede tener sólo para sí mismo este 'don.' Al contrario, es necesario difundirlo. El amor apasionado por Cristo conduce al anuncio valiente de Cristo; anuncio que, con el martirio, se convierte en ofrenda suprema de amor a Dios y a los hermanos.»

El tipo de amor dinámico y apasionado que vemos en los grandes mártires misioneros se supone que debemos verlo habitualmente en todos los que reciben a Jesús eucarístico con pleno efecto. Los que lo atesoran y entran cada domingo o incluso cada día en su pasión, muerte y resurrección en el altar, estamos llamados a dejar que esas riquezas desborden en la misión.

Por amor a Dios buscamos no construir graneros más grandes, sino llenar la casa del Padre con cada vez más de aquellos por quienes Jesús dio su vida y por quienes envió a la Iglesia a invitar al banquete.

MARTES, 20 DE OCTUBRE DE 2026
EF 2,12-22; SAL 85; LC 12,35-38

Jesús nos da una imagen sencilla pero llamativa en el Evangelio de hoy: «Estén listos, con la túnica puesta y las lámparas encendidas. Sean semejantes a los criados que están esperando a que su señor regrese.»

Es una imagen no de ansiedad o miedo, sino de preparación, de una vida vivida despierta, atenta, lista y vestida para salir al encuentro del Maestro cuando regrese.

Esta preparación brota de un amor que comienza con la experiencia de ser amados. San Pablo dice a los efesios en la primera lectura de hoy que los que antes estaban «lejos, están cerca, en virtud de la sangre de Cristo.» A través de su Cruz, Jesús ha derribado los muros que nos separaban —entre judíos y gentiles, entre la humanidad y Dios— y nos ha hecho «uno.»

Antes de salir, primero somos acercados. Antes de ser enviados, somos unidos.

La Iglesia no es una colección de individuos que siguen caminos separados. Es un pueblo hecho uno en Cristo, que «se van incorporando al edificio, por medio del Espíritu Santo, para ser morada de Dios.» Esa unidad no es algo que creamos; es algo que recibimos, y algo que estamos llamados a vivir y compartir.

En su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026, el Papa León XIV se centró en la conexión entre unidad y misión, destacada por el tema «Uno en Cristo, unidos en la misión.»

«Ser cristianos», subrayó, «no es ante todo un conjunto de prácticas o ideas; es una vida en unión con Cristo, en la que participamos de la relación filial que Él vive con el Padre en el Espíritu Santo. Significa permanecer en Cristo como los sarmientos en la vid (cf. Jn 15,4), inmersos en la vida trinitaria. De esta unión brota la comunión recíproca entre los creyentes y nace toda fecundidad misionera.»

No salimos como individuos aislados. Con las lámparas encendidas con la luz de Cristo y los lomos ceñidos listos para moverse, somos enviados como miembros de un solo Cuerpo, unidos en Cristo, llevando su presencia al mundo. Cuanto más profundamente vivamos esa comunión con Cristo y entre nosotros, más creíble se vuelve nuestro testimonio. Como vemos en la Iglesia primitiva, el testimonio colectivo de una comunidad evangelizadora es más fuerte que la suma del testimonio de evangelizadores individuales evangelizados.

Hoy, el Señor nos invita a vivir con las lámparas encendidas y los lomos ceñidos —no solo esperando su regreso, sino viviendo en su presencia ahora y deseosos de llevar a otros hacia él, para que podamos vivir como uno por la Sangre que nos ha acercado y el único Cuerpo que nos hace la Eucaristía.

MIÉRCOLES, 21 DE OCTUBRE DE 2026
EF 3,2-12; IS 12,2-6; LC. 12,39-48

En el Evangelio de hoy, Jesús describe a un siervo al que se le ha confiado una responsabilidad y cuyo señor regresa a una hora inesperada. Concluye con una frase destinada a permanecer en nosotros: «Al que mucho se le da, se le exigirá mucho». Esto no pretende ser fundamentalmente una advertencia, sino un recordatorio de nuestra dignidad, de nuestro potencial y de las responsabilidades sagradas que Dios nos ha confiado.

San Pablo era consciente de su valor, capacidades y deberes dados por Dios. En la primera lectura, habla del «designio... revelado ahora» que había permanecido oculto durante generaciones: que todos los pueblos están llamados a compartir la misma promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio. Lo que antes parecía reservado solo a los judíos ahora se ofrece a todos.

San Pablo entiende su vida a la luz de ese don. Se le ha confiado este misterio, no para guardarlo, sino para proclamarlo.

Esta es la clave para comprender lo que Jesús nos dice en el Evangelio de hoy. Un siervo es juzgado no por lo que posee ni por cuánto posee, sino por cómo utiliza lo que se le ha confiado. Un siervo bueno y digno de confianza distribuye prudentemente lo que el señor le ha dado; el infiel e indigno de confianza utiliza los bienes del señor para sí mismo y maltrata a los demás. ¿Qué tipo de administradores somos nosotros de los designios y dones del Señor?

Hemos recibido los increíbles dones de conocer a Cristo, de la fe, de la Palabra de Dios, de los Sacramentos, de la comunión de la Iglesia. Y todos esos dones llevan consigo una tarea correspondiente: así como están destinados a transformarnos, también están destinados a transformar el mundo. Lo que hemos recibido gratuitamente, estamos llamados a darlo gratuitamente.

Como escribió el Papa Benedicto XVI en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2012: «a fe es un don que se nos dado para ser compartido; es un talento recibido para que dé fruto; es una luz que no debe quedar escondida, sino iluminar toda la casa. Es el don más importante que se nos ha dado en nuestra existencia y que no podemos guardarnos para nosotros mismos».

La misión, por tanto, nunca puede permanecer como una dimensión opcional de la vida cristiana. Es su expresión natural. Conocer y amar a Cristo implica querer darlo a conocer y hacerlo amar. Nosotros, que hemos tenido el privilegio de encontrarnos con Jesús antes que otros, tenemos la dulce tarea de ayudar a los demás a llegar a conocerlo.

Una de las pruebas de si nos relacionamos correctamente con Jesús es el celo que tenemos por distribuir a los demás el alimento del Evangelio, de toda palabra que sale de la boca de Dios y, en última instancia, el alimento de la Sagrada Eucaristía, en el momento oportuno. Eso es lo que los siervos buenos y dignos de confianza se esfuerzan por hacer.

Pero Jesús también destaca hoy que hay quienes —aparentemente sin supervisión de Jesús debido a la falta de conciencia de su presencia— comienzan a comportarse pecaminosamente, centrados solo en sí mismos y en sus placeres, incluso hasta el punto de dañar a los demás.

El Señor quiere que todos seamos siervos buenos y dignos de confianza. Quiere que

recordemos que se nos ha dado «mucho» y «aún más», y desea que, sostenidos por esa confianza y atentos a su presencia y bendición, compartamos generosamente con los demás lo que hemos recibido.

JUEVES, 22 DE OCTUBRE DE 2026
MEMORIAL DE SAN JUAN PABLO II, PAPA
EF 3,314-21; SAL 33; LC 12,49-53

Jesús resume su vida, misión y esperanzas en el Evangelio de hoy cuando dice: «He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!»

Dios se había revelado a Moisés como una zarza ardiente que nunca consumía las ramas. Envío al Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego para que los apóstoles primero, y nosotros en nuestra propia época, pudiéramos proclamar el Evangelio con ardor. El fuego es un símbolo del amor y Jesús quiere encender el mundo entero con ese amor.

Cuando san Pablo ora en la primera lectura de hoy para que lleguemos a conocer «la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo», está intercediendo para que podamos conocer la intensidad y la temperatura de la llama viva del amor divino y del deseo de Dios de que se extienda en todas las dimensiones.

San Juan Pablo II, cuya fiesta la Iglesia celebra hoy con alegría, quien se definió a sí mismo como un «papa peregrino de la evangelización» y quien convocó a toda la Iglesia a «Lleva la barca hacia aguas más profundas» (Duc in altum) como pescadores de hombres en el tercer milenio, dijo en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1997, que cualquiera que sea nuestro estado de vida o situación, «lo que cuenta es que el corazón arda con esa caridad divina, la única que puede transformar en luz, fuego y nueva vida» toda la existencia humana.

El mismo ardió con ese fuego, como lo han hecho otros papas recientes.

San Pablo VI, comentando el Evangelio de hoy en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1974, afirmó: «Dios es Amor y, como tal, desea mucho comunicarse con los hombres. ¿No han brotado estas palabras del Corazón de Cristo, ardiendo como la lava de un volcán: 'He venido a traer fuego a la tierra'?» (Lc 12:49).

El Papa Francisco en 2023 comentó: «No es posible encontrar verdaderamente a Jesús resucitado sin sentirse impulsados por el deseo de comunicarlo a todos. Por lo tanto, el primer y principal recurso de la misión lo constituyen aquellos que han reconocido a Cristo resucitado, en las Escrituras y en la Eucaristía, que llevan su fuego en el corazón y su luz en la mirada» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2023).

El Papa León XIV el año pasado en su homilía para el Jubileo del Mundo Misionero, oró para que todos fuéramos renovados en «el fuego de nuestra vocación misionera» (5 de octubre de 2025).

Hoy podemos preguntarnos: ¿se ha prendido en nosotros este fuego? ¿Está avivándose en llama o está siendo apagado por falta de aceite en nuestras lámparas o por los vientos que predominan?

Hoy pidamos la gracia de conocer «la anchura, la longitud, la altura y la profundidad» del amor ardiente de Cristo y, encendidos de nuevo por el fuego del Espíritu Santo, salgamos uno a uno como contagiosos pirómanos espirituales a prender el mundo en llamas.

VIERNES, 23 DE OCTUBRE DE 2026
EF 4,1-6; SAL 24; LC 12,54-59

Jesús señala en el Evangelio de hoy con qué facilidad la gente puede interpretar el tiempo meteorológico, pero a menudo no logra leer las señales espirituales de los tiempos, como las múltiples señales que atestiguan su propia venida como Mesías y la inauguración de su reino.

«¡Hipócritas!», dice con la esperanza no de insultar sino de convertir: «Si saben interpretar el aspecto que tienen el cielo y la tierra, ¿por qué no interpretan entonces los signos del tiempo presente?»

Mucho más importante que el tiempo meteorológico es discernir lo que Dios está haciendo. Jesús quiere que nos centremos no tanto en llevar la ropa adecuada para la temperatura o en estar preparados para la lluvia, sino más bien en prestar atención a sus palabras de arrepentirse y creer, porque el reino de Dios ha llegado.

Jesús nos anima a no retrasar lo que hay que afrontar. Habla de reconciliarse con los demás mientras vamos en el camino al juez, de convertirnos en artífices de la paz, asumir la responsabilidad y actuar con urgencia.

Con tanta frecuencia, incluso cuando reconocemos lo que es correcto, procrastinamos. Retrasamos pedir o dar el perdón. Evitamos las conversaciones difíciles o las correcciones fraternas. No aprovechamos las diversas oportunidades para compartir nuestra fe. Pensamos que mañana, no hoy, es el tiempo aceptable y el día de la salvación (2 Cor 6,2).

La misión de la Iglesia depende de este tipo de urgencia, atención y responsabilidad. Los campos están maduros para la cosecha (Jn 4:35).

San Pablo VI, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1970, afirmó claramente que una de las señales de los tiempos que debemos leer hoy es la urgencia de compartir nuestra fe. Escribió: «A la necesidad de difundir la Palabra de salvación se añaden hoy circunstancias particulares, que nos parecen ‘señales de los tiempos’ para una vigorosa reanudación de una renovada actividad misionera. Las palabras de Jesús a los discípulos acuden a nuestros labios: ‘Os digo: levantad los ojos y ved los campos que ya están blancos para la siega.’»

San Juan Pablo II hizo la misma observación en cuanto a preparar a la Iglesia y al mundo para el tercer milenio del nacimiento de Cristo. ¡Cuántas veces, durante mis viajes apostólicos, he visto que la mies ya blanquea (cf. Jn 4,35) y me han dicho que faltan misioneros, sacerdotes, religiosos, religiosas, personas consagradas para predicar el Evangelio! » (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1996).

Sabemos que, si el fruto está madurando y no se cosecha, pronto se marchita y muere en los campos. La misión, por tanto, es incompatible con la procrastinación.

Jesús nos muestra esa urgencia en sus palabras sobre el Buen Pastor que deja inmediatamente a las noventa y nueve ovejas y va en busca de la oveja perdida.

Muchos morirán hoy sin haber oído nunca el Evangelio. Muchos más vivirán hoy sin una amistad con Cristo. ¿Cómo va a afectar eso a nuestras prioridades? ¿Cómo esperaríamos que afectara a las prioridades de otros si fuéramos nosotros quienes aún no hubiéramos llegado a conocer a Jesús?

Hoy, sin importar dónde estemos ni cuál sea el tiempo meteorológico, Jesús nos llama a levantar los ojos y ver los campos que están blancos y maduros. Del mismo modo nos

pide que levantemos los ojos y lo veamos a él y la manera en que mira con amor y anhelo hacia quienes aún no han escuchado sus palabras ni han recibido su salvación. Luego nos pide que, en el camino de la vida, antes de encontrarnos con el juez, ayudemos a reconciliar con él y con nosotros a tantos como podamos.

SABADO, 24 DE OCTUBRE DE 2026

EF. 4,7-16; SAL 122; LC 13,1-9

Unas personas se acercan a Jesús en el Evangelio de hoy con una noticia perturbadora sobre una masacre en el templo, donde Poncio Pilato había mandado matar a algunos que habían subido a ofrecer sacrificios. Buscaban una explicación —quizás algunos esperaban ponerlo en contra de Pilato y los romanos— pero Jesús no ofrece ninguna explicación. En cambio, cambia el enfoque, preguntando si los que murieron eran mayores pecadores que aquellos cuyas vidas fueron salvadas.

Él mismo responde a su pregunta diciendo: «¡Ciertamente que no!» Lo reafirma diciendo que los dieciocho que habían muerto cuando la torre de Siloé les cayó encima trágicamente no estaban malditos ni eran más culpables de pecado que los que seguían vivos.

Luego dijo algo directo e inquietante: «si ustedes no se arrepienten, perecerán de manera semejante.» No quería decir que todos iban a morir en algún ataque aleatorio o accidente fortuito, sino que, sin conversión, todos morirían sin estar preparados.

Refuerza esta llamada a la conversión con una parábola sobre una higuera. Durante tres años, el dueño vino buscando fruto y no encontró ninguno. Normalmente, si una higuera no da fruto para el tercer año, nunca lo dará. Sin embargo, al árbol se le da un año más para ser cultivado, cuidado y tener todas las oportunidades de dar fruto, con la esperanza de que pueda darlo.

Es una imagen de la misericordia y la paciencia de Dios. Es también un mensaje de su expectativa de que demos fruto. Ese fruto no puede entenderse meramente como actos genéricos de fe, esperanza y amor, sino que, así como las higueras dan higos, los cristianos deben engendrar cristianos.

En la primera lectura de hoy, san Pablo nos recuerda que Cristo ha dado dones a su Iglesia «para capacitar a los fieles, a fin de que, desempeñando debidamente su tarea, construyan el cuerpo de Cristo.» Cada uno de nosotros ha recibido algo del Señor, no solo para nosotros mismos, sino para que la Iglesia pueda crecer y madurar.

El fruto no es simplemente la mejora personal. Es una vida que, como la de Cristo y la de los santos, contribuye al crecimiento espiritual de los demás y fortalece a la Iglesia.

San Pablo lo había comprendido mucho antes, que la conversión para él no significaba solo dejar de perseguir y matar a los cristianos y vivir personalmente la fe. En cambio, escribió: «El amor de Cristo nos apremia, al pensar que, si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5,14-15).

Así pues, para nosotros, la conversión no significa solo eliminar los malos hábitos y adquirir buenos. Significa dejar de vivir para nosotros mismos, sino vivir para Cristo y por lo que Cristo vivió y murió: la salvación y santificación de los demás. Significa tomar en serio la misión que Cristo nos ha dado y buscar dar fruto que dure. Así como la vid no da fruto sin las ramas, Cristo la Vid no puede dar fruto sin la Iglesia, sin ti y sin mí (Jn 15,1-8).

Así que lo primero que necesitamos para dar fruto y aprender la lección de la higuera es permanecer en Cristo. Y el Papa León, en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026, nos recuerda: «Ser cristianos... es una vida en unión con Cristo, en la que participamos de la relación filial que Él vive con el Padre en el Espíritu Santo. Significa permanecer en Cristo como los sarmientos en la vid en la vida trinitaria.»

La segunda lección es que, si realmente permanecemos en Cristo, daremos fruto. San Juan Pablo II escribió en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1991: «sólo injertados en Cristo, como los sarmientos en la vid, daremos mucho fruto», y dice que ese es el secreto del fruto de los grandes misioneros y de todos los que los apoyan con la oración y el sacrificio.

El Señor Jesús ha cultivado el suelo con cuidado para que podamos dar fruto abundante. Oremos para que nosotros y nuestros hermanos y hermanas en la Iglesia no seamos como higueras estériles, sino que correspondamos al tiempo que tenemos para intentar dar tanto fruto para él como podamos. Así, sin importar cuándo termine nuestra vida terrenal, no seremos sorprendidos desprevenidos, sino que recibiremos al Señor en su venida con conversión continua y fecundidad apostólica.

DOMINGO, 25 DE OCTUBRE DE 2026
XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
EX 22,20-26; SAL 18; 1TES 1,5C-10; MT 22,34-40

Un doctor de la ley se acerca a Jesús en el Evangelio de hoy con una pregunta sobre la única cosa más importante que debemos hacer en la vida. «Maestro», le pregunta, «¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?»

No era una pregunta fácil, ya que hay 613 preceptos en el Antiguo Testamento.

Sin embargo, la respuesta de Jesús es clara y sintética: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.»

Luego añade dos cosas. «El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Y: «En estos dos mandamientos se fundan toda la ley y los profetas», es decir, todo lo que Dios manda.

Todo en la vida cristiana fluye del amor a Dios y del amor al prójimo, no como dos realidades separadas, sino como un movimiento interrelacionado. Jesús no nos dice: «Amadme como yo os he amado», sino «amaos los unos a los otros como yo os he amado.» Nuestro amor por Jesús se manifestará en nuestro amor por el prójimo, a quien él nos llama a amar con mente, corazón y alma sin reservas.

La primera lectura del Libro del Éxodo hace esto muy concreto. Dios habla con urgencia sobre el trato a los vulnerables: el extranjero, la viuda, el huérfano y el pobre. Nuestro cuidado por ellos revela nuestro amor a Dios. Muestra si nuestra relación con Dios es real. Jesús lo dejaría abundantemente claro más adelante cuando diría que la manera en que tratamos al hambriento, al sediento, al desnudo, al extranjero, al enfermo o al encarcelado es la manera en que lo tratamos a él (Mt 25:31-46).

Si compartir el amor de Dios por el prójimo es tan esencial para la vida cristiana, ¿por qué a veces es tan difícil? La respuesta se encuentra en la segunda lectura, cuando san Pablo recuerda a los cristianos de Tesalónica cómo comenzó su fe: no simplemente como una enseñanza que recibieron, sino como un encuentro que los transformó. «Pues en medio de muchas tribulaciones y con la alegría que da el Espíritu Santo, han aceptado la palabra de Dios en tal forma, que han llegado a ser ejemplo para todos», que los ayudó, «abandonando los ídolos, [a] se convirtieron al Dios vivo y verdadero.»

No podemos amar realmente como Jesús manda a menos que hayamos encontrado primero su amor por nosotros. Somos amados primero, y de ese amor aprendemos a amar.

Este es el fundamento de la actividad misionera de la Iglesia.

En su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2026, el Papa León XIV subrayó que el amor es la «esencia» de la misión de la Iglesia. Dijo: «La misión de los discípulos y de toda la Iglesia es la prolongación, en el Espíritu Santo, de la misión de Cristo; una misión que nace del amor, se vive en el amor y conduce al amor. ... Los apóstoles evangelizaron impulsados por el amor de Cristo y por Cristo. De la misma manera, a lo largo de los siglos, multitudes de cristianos, mártires, confesores, misioneros han dado la vida para dar a conocer este amor divino al mundo. Así, la misión evangelizadora de la Iglesia continúa bajo la guía del Espíritu Santo, Espíritu de amor, hasta el fin de los tiempos.»

Elogió el amor a Dios y al prójimo que se encuentra en los misioneros del pasado y del presente, que se sacrifican para compartir el amor de Dios con personas que antes eran

extraños. Como san Francisco de Asís, que una vez lamentó: «El amor no es amado», nos instó, como santa Teresa de Lisieux, «a amar a Jesús y a hacerle amar.»

Jesús en el Evangelio de hoy deja claro que amar a Dios y al prójimo —o, en palabras de santa Teresa, amarlo y hacerle amar— es la única cosa más importante que necesitamos hacer. Todo lo demás que hace la Iglesia depende de este doble mandamiento, que fluye de la experiencia de que Jesús nos ha amado lo suficiente como para dar su vida por nosotros y luego convertirse en nuestro alimento en el Sacramento del Amor —el signo eficaz del amor divino— en el altar. Recibamos ese amor de nuevo, dejémonos transformar por él aún más, y luego dejemos que ese amor desborde para la evangelización y la transformación del mundo.

LUNES, 26 DE OCTUBRE DE 2026
EF 4:32-5,8; SAL 1; LC 13:10-17

En el Evangelio de hoy, Jesús se encuentra con una mujer que ha estado encorvada durante dieciocho años, incapaz de enderezarse. La ve, la llama hacia él y dice: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad.» Luego le impone las manos, e inmediatamente ella se endereza y comienza a glorificar a Dios.

Es un momento de sanación y restauración. No solo es liberada de una carga física, sino devuelta a su plena dignidad. Puede volver a ponerse de pie —ante Dios y ante los demás, plenamente ella misma.

La reacción del jefe de la sinagoga ante este milagro es asombrosa. Objeta firmemente que el milagro ocurriera en sábado, como si el Día del Señor fuera uno en el que las obras de amor por los demás estuvieran de algún modo prohibidas.

Jesús responde con firmeza. Revela la verdad más profunda: que Dios ha hecho el sábado para el encuentro con Dios, para la vida que él da, para la libertad que él otorga, para la restauración y la redención de sus hijos. La misión de Jesús consistía en ayudar a su pueblo a recuperar el sentido de que el sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Fue hecho para el amor a Dios y al prójimo —que nunca pueden ponerse verdaderamente en competencia— y Dios es glorificado cuando usamos el sábado para amarlo a él y a los que él ama.

San Pablo, en la primera lectura, urge a los cristianos de Éfeso a vivir de una manera que refleje la nueva vida que Cristo trae y que busca renovar cada sábado: «Sean buenos y comprensivos, y perdónense unos a otros, como Dios los perdonó, por medio de Cristo», añadiendo: «Vivan como hijos de la luz.»

La misión de la Iglesia comienza en ese amor y está destinada a ser promovida, no sofocada, en el Día del Señor. El día en que cada semana nos reunimos como hermanos y hermanas para celebrar la Resurrección del Señor y la Venida del Espíritu Santo en Pentecostés está destinado a ser santificado, a ser consagrado a Dios, precisamente para que, junto con sus otros hijos espirituales, podamos amarlo a él y amar a los demás. Es un día de la Iglesia. Es un día de caridad. Es un día de misión.

Como escribió san Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Misiones en 2005: «La Comunidad eclesial, cuando celebra la Eucaristía, de manera especial el domingo, día del Señor, experimenta a la luz de la fe, el valor del encuentro con Cristo resucitado, y adquiere cada vez más conciencia de que el Sacrificio eucarístico es “para todos” (Mt 26, 28). Si uno se alimenta del Cuerpo y de la Sangre del Señor crucificado y resucitado, no puede tener sólo para sí mismo este “don”. Al contrario, es necesario difundirlo. El amor apasionado por Cristo conduce al anuncio valiente de Cristo; anuncio que, con el martirio, se convierte en ofrenda suprema de amor a Dios y a los hermanos. La Eucaristía apremia a una generosa acción evangelizadora y a un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraternal.»

Ante tantos que están encorvados bajo el peso de diversas dificultades, la Iglesia, como Cuerpo Místico de Cristo, busca acercarse a ellos y ayudarlos a levantar su mente, su corazón y sus ojos hacia Dios, que los mira con amor sanador. Cada Eucaristía, en la que reconocemos a Jesús bajo las más humildes apariencias de lo que parece ser pan y vino, nos ayuda a reconocerlo en los necesitados, pues como nos recuerda santa Teresa de Calcuta, el mismo que nos dice «Este es mi Cuerpo» dice: «Tuve hambre y

me disteis de comer.»

El sábado cristiano —y cada celebración de la Santa Eucaristía— impulsa la misión de caridad de la Iglesia, en la que cuidamos las necesidades espirituales, emocionales y corporales de las personas. Nos ayuda a ver a las personas, como a la mujer del Evangelio, no como interrupciones, sino como sujetos de la atención y el cuidado incesantes de Jesús y de la Iglesia.

MARTES, 27 DE OCTUBRE DE 2026
EF 5:21-33; SAL 128; LC 13:18-21

Jesús nos da dos imágenes muy sencillas en el Evangelio de hoy: una semilla de mostaza y una pequeña cantidad de levadura. Ambas parecen insignificantes. Ambas pueden pasarse fácilmente por alto. Y sin embargo, ambas tienen un poder oculto para transformar.

La semilla de mostaza está destinada a convertirse en un gran arbusto, ofreciendo refugio a las aves del cielo. La levadura, mezclada con la harina, fermenta en silencio toda la masa. En ambos casos, la transformación es real, aunque no inmediata, y no siempre visible al principio.

Jesús usa las parábolas para ilustrar cómo crece el Reino de Dios. A menudo pensamos que la obra de Dios debe ser dramática, obvia e inconfundible. Pero Jesús nos señala en cambio algo pequeño, oculto y paciente. El Reino comienza de maneras que pueden parecer casi frágiles, y sin embargo lleva en su interior un poder que supera con creces lo que podemos ver.

San Pablo, en la primera lectura, escribe sobre el Sacramento del Matrimonio, una de las maneras en que Jesús envía a sus apóstoles de dos en dos. Como vemos en la vida de los santos Priscila y Aquila en el Nuevo Testamento, con tanta frecuencia el reino de Dios crece un matrimonio a la vez, porque el matrimonio y la familia son capaces de participar en y transmitir algo del amor de Dios, que es el corazón del Evangelio.

En un famoso pasaje de su exhortación apostólica de 1975 Evangelii Nuntiandi, san Pablo VI describió la historia de la evangelización en muchos lugares, antiguos y modernos. A menudo comienza con un cristiano, o una pareja, o unos pocos.

«Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva.»

En varios de sus mensajes para la Jornada Mundial de las Misiones, san Juan Pablo II se centró en cómo tiene lugar la misión de la Iglesia. El «pequeña grey» de Cristo, escribió en 1999, «es enviada por doquier, pobre de medios humanos pero libre de condicionamientos, cual fermento de una nueva humanidad.» En 1994 dijo: «El único objetivo del misionero es el anuncio del Evangelio, para edificar una comunidad que sea extensión de la familia de Jesucristo y levadura para el crecimiento del reino de Dios y la promoción de los valores más elevados del hombre.»

Nunca perdió de vista la realidad de que la levadura se cuece con la masa en el horno del sufrimiento. Hablando de los sufrimientos y la perseverancia de los misioneros, dijo: «Sepan que su esfuerzo y sus sufrimientos no serán inútiles; al contrario, constituyen la

levadura que hará germinar en el corazón de otros apóstoles el anhelo de consagrarse a la noble causa del Evangelio» (Jornada Mundial de las Misiones 2000).

Los llamó a la esperanza, sin embargo, incluso cuando la semilla no parece estar creciendo o la levadura no parece hacer fermentar nada. «También en las situaciones donde se ponen trabas a la predicación de la Palabra», dijo en 1980, «la simple presencia del misionero, con su testimonio de pobreza, de caridad, de santidad, constituye por sí misma una eficaz forma de evangelización.» Alabó a los misioneros que, «con inmensos sacrificios y entre dificultades de todo tipo, esparcen la semilla de la Palabra de la que procede después el desarrollo de la Iglesia y su arraigo en el mundo.»

Así que la misión de la Iglesia y el crecimiento del reino de Cristo ocurre más frecuentemente no mediante grandes eventos como el primer Pentecostés, sino a través de los pequeños actos y la fidelidad perseverante, la caridad y la perseverancia esperanzadora de los misioneros.

Hoy, el Señor nos invita a confiar en esta obra oculta.

MIÉRCOLES, 28 DE OCTUBRE DE 2026
FIESTA DE LOS SANTOS SIMÓN Y JUDAS, APÓSTOLES
EF 2,19-22; SAL 19; LC 6,12-19

En el Evangelio de hoy, vemos a Jesús en oración. Pasa toda la noche en comunión con el Padre, y de esa oración elige a sus doce primeros misioneros. Entre ellos se encuentran dos apóstoles sobre los que sabemos relativamente poco: los santos Simón y Judas.

No destacan en los relatos evangélicos. No dejan palabras registradas. Sin embargo, son elegidos, llamados por sus nombres, y Jesús les confía la misión de proclamar su reino.

Fíjate a quiénes elige Jesús. No se dirigió a los ascéticos fariseos, cuya vida entera estaba dedicada a intentar vivir la ley en su perfección. Se dirigió a gente corriente. Hizo una redada en los muelles y en las oficinas de recaudación de impuestos, encontró a personas bajo higueras, y llamó a los que eran pésimos investigadores privados que lo seguían para averiguar dónde vivía.

Dios eligió a los débiles para que la misión fuera claramente su obra, no la nuestra. Lo que importa no es el estatus mundano ni la formación, sino la fidelidad. Jesús no eligió a los apóstoles porque estuvieran cualificados como estudiosos de las Escrituras u oradores poderosos. Los llamó para que estuvieran con él, aprendieran de él, y luego los pudiera enviar a anunciarlo (Mc 3,14).

Todo cristiano es llamado primero a estar con Cristo, a entrar en comunión con él, y luego es enviado en tándem con él. También nosotros somos el fruto de la oración del Señor, llamados por nuestro nombre a ser sus discípulos y comisionados por él para ser enviados.

San Pablo, en la primera lectura, describe a la Iglesia como aquellos «edificados sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas, siendo Cristo Jesús la piedra angular.» Esto no es solo una afirmación sobre el pasado; es una realidad viva. La fe que hemos recibido nos ha llegado a través del testimonio y la obra de los apóstoles —incluidos Simón y Judas, cuyas vidas fueron entregadas al servicio del Evangelio, y que desde el cielo continúan su obra por la Iglesia.

Pero necesitamos edificar sobre los cimientos que ellos mismos pusieron en Cristo la Piedra Angular y Pedro la Roca. Los santos Simón y Judas dieron en última instancia su vida por Cristo en el martirio. Ahora nos toca a nosotros dar nuestra vida en testimonio.

El Papa Benedicto XVI, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2006, dijo: «Después de su resurrección, Jesús encomendó a los Apóstoles el mandato de difundir el anuncio de este amor; y los Apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por la fuerza del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia prosigue esa misma misión, que constituye para todos los creyentes un compromiso irrenunciable y permanente.»

San Juan Pablo II, en sus mensajes sobre la misión, nos instó a depender del mismo Espíritu Santo que los envalentonó a ellos. «Es necesario que no decaiga el fervor en los apóstoles,», escribió en 2003, «especialmente para la misión ‘ad gentes.’» En 1996, subrayó: «Como el Espíritu transformó el núcleo de los primeros discípulos en apóstoles valientes del Señor y heraldos iluminados de su Palabra, así él sigue preparando a los testigos del Evangelio en nuestro tiempo.»

Cada uno de nosotros ha sido llamado por su nombre, tanto como lo fueron Simón y Judas. Cada uno de nosotros tiene un lugar en la Iglesia, un papel en su misión, una manera de dar testimonio de Cristo en las circunstancias de nuestra vida, y el don del Espíritu Santo para fortalecernos. Que ese Espíritu Santo nos ayude a ser fieles y fecundos hasta el final, como los santos que celebramos hoy.

JUEVES, 29 DE OCTUBRE DE 2026
EF 6,10-20; SAL 144; LC 13,31-35

En el Evangelio de hoy, algunos fariseos se acercan a Jesús con una advertencia: «Vete de aquí, porque Herodes quiere matarte.»

Pero Jesús no se deja disuadir.

«Vayan a decirle a ese zorro», respondió, «que seguiré expulsando demonios y haciendo curaciones hoy y mañana, y que al tercer día terminaré mi obra.»

Jesús tiene claro quién es y cuál es su misión, y no permite que el miedo lo redirija. Libre y decidido, sigue adelante, completando la obra que el Padre le encomendó.

San Pablo, en la primera lectura, instruye a los cristianos de Éfeso y a todos nosotros a «busquen su fortaleza en el Señor y en su invencible poder» y a «utilicen las armas que Dios les ha dado» para que puedan mantenerse firmes. La vida cristiana, y la misión que fluye de ella, implica una lucha real —no solo contra los que sabemos que se nos oponen, sino a menudo contra fuerzas invisibles y diabólicas que buscan debilitar la fe, dividir y desanimar. Jesús vino a expulsar esos demonios, sanarnos y ayudarnos a participar en el cumplimiento de su propósito «al tercer día», el día de su resurrección.

Sin embargo, a pesar de la determinación, el poder poderoso y la armadura espiritual de Jesús, seguía teniendo un corazón humano que latía con amor humano y divino. Por eso era capaz de ser herido, y vemos su tristeza más adelante en el Evangelio de hoy. Jesús contempla Jerusalén y lamenta: «¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, pero tú no has querido!»

Vino a salvar, pero muchos rechazaron su obra redentora. Vino como luz, pero muchos, como describe san Juan, prefirieron las tinieblas. Vino como Amor encarnado, pero muchos se negaron a arrepentirse de los ídolos y creer en el amor verdadero. Jesús no era indiferente a estos rechazos. Al igual que una madre o un padre cuyo hijo rechaza el amor paterno, a Jesús le importaba demasiado para no importarle.

Jesús intentó prepararnos para una tristeza, un rechazo e incluso una persecución y un martirio similares. Nos dijo que algunos se negarían a aceptar el Evangelio, que algunos miembros de nuestra familia nos abandonarían y traicionarían porque lo ponemos a él primero, que algunos nos odiarían y proferirían todo tipo de calumnias contra nosotros, que otros nos arrastrarían ante las autoridades civiles y religiosas, y que otros más creerían que estaban sirviendo a Dios al matarnos.

Pero también nos dijo qué hacer y por qué lo permitiría.

Nos enseñó a sacudirnos el rechazo e ir al siguiente pueblo, no lamentando nuestras heridas sino anunciando la buena noticia. Nos dijo que nuestros sufrimientos nos darían un púlpito donde, junto con el Espíritu Santo, podríamos dar un testimonio mucho más eficaz de que él merece vivir por él y morir por él, y que lo preferimos incluso a nuestra vida terrenal.

Y nos fortalece con la armadura de Dios para permanecer fieles en combatir el buen combate de la fe y guardar la fe transmitiéndola.

Lo vemos en la Iglesia primitiva: dos cosas ayudaron a convertir al Imperio Romano. La primera fue el ejemplo de la caridad cristiana. La segunda fue el testimonio de los mártires, el de que personas en su sano juicio estaban audazmente dispuestas a someterse a sádicas torturas y ejecuciones por amor a Jesús, que previamente había dado su vida por la de ellos, porque creían que después de su muerte resucitarían con

él para siempre. A veces la manera más poderosa de convertir a los que obstinadamente no quieren aceptar el Evangelio es que los cristianos muestren cuánto están dispuestos a soportar por amor.

El Papa Francisco habló con admiración sobre el valor necesario para ser discípulos y apóstoles en su primer mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones.

«Me refiero a los cristianos que, en diversas partes del mundo, se encuentran en dificultades para profesar abiertamente su fe y ver reconocido el derecho a vivirla con dignidad», escribió en 2013. «Ellos son nuestros hermanos y hermanas, testigos valientes –aún más numerosos que los mártires de los primeros siglos– que soportan con perseverancia apostólica las diversas formas de persecución actuales. Muchos también arriesgan su vida por permanecer fieles al Evangelio de Cristo. Deseo asegurarles que me siento cercano en la oración a las personas, a las familias y a las comunidades que sufren violencia e intolerancia, y les repito las palabras consoladoras de Jesús: ‘Confiad, yo he vencido al mundo’» (Jn 16,33).

VIERNES, 30 DE OCTUBRE DE 2026

FLP 1:1-11; SAL 111; LC14:1-6

En el Evangelio de hoy, un hombre que padece hidropesía es traído ante Jesús en sábado. Los presentes en la casa del fariseo donde Jesús había sido invitado a cenar lo observaban atentamente para ver si lo sanaría y quebrantaría lo que ellos consideraban la ley de santificar el día del Señor.

Jesús, reconociendo la situación y para exponer su hipocresía, pregunta en voz alta: «¿Está permitido curar en sábado o no?» Se negaron a responder. Entonces Jesús sana al hombre y lo despide. Luego comenta: «Si a alguno de ustedes se le cae en un pozo su burro o su buey, ¿no lo saca enseguida, aunque sea sábado?» Les dio laringitis una vez más, pero su respuesta era clara: por supuesto que rescatarían inmediatamente a su hijo e incluso a su animal en tal situación.

La cuestión no era, entonces, la ley y lo que Dios permitía en el día de sábado, sino el amor. Simplemente no amaban al hombre con hidropesía, igual que realmente no les importaban los otros a quienes Jesús sanó en el día del Señor.

Jesús había venido a mostrar que es posible amar en el día del Señor, hacer el bien, sanar.

«Jesús rompe los estrechos límites», escribió el Papa Francisco en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2019, «llamando [a los discípulos] a crecer en el respeto por la dignidad de hombre y mujer.» La ley está fundamentada en el amor a Dios y al prójimo. Fue dada para la vida, no en contra de ella. La misericordia no es una excepción a la ley, sino su significado más profundo.

San Pablo, en la primera lectura, abre su carta a los filipenses orando por ellos para que «su amor siga creciendo más y más y se traduzca en un mayor conocimiento y sensibilidad espiritual.» Esto es lo que Jesús revela en el Evangelio: un amor que ve lo que verdaderamente importa y actúa.

Es posible seguir las reglas y aun así perder el corazón del Evangelio. Es posible ser correcto y no ser misericordioso. San Pablo dice que es posible carecer de amor incluso cuando se comprenden todos los misterios, cuando se tienen la fe para mover montañas y la disposición a entregar el propio cuerpo a los torturadores (1 Cor 1:1-4).

Sin embargo, Jesús nos muestra que la verdadera fidelidad a Dios nunca está separada del amor y sus diversas expresiones, como la misericordia, la compasión y el cuidado. No se puede exagerar la conexión entre misión y misericordia. Toda la misión de Cristo es una misión de misericordia y él nos envía como ministros y misioneros de ese amor misericordioso. La verdad sola no es suficiente. Tiene que ser «la fe que actúa por el amor» (Gál 5:6). Los cristianos están llamados a dar testimonio de Jesús, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14:6) pero que es siempre misericordioso como Dios Padre es Misericordioso (Lc 6:36) y nos llama a la santidad precisamente a través de la misericordia (Mt 5:7).

El Papa Francisco, durante el Jubileo de la Misericordia de 2016, escribió hermosamente sobre la conexión entre la misericordia de Dios y la misión. Dijo que la Iglesia «tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, y de proclamarla por todo el mundo, hasta que llegue a toda mujer, hombre, anciano, joven y niño. ... La Iglesia es, en medio de la humanidad, la primera comunidad que vive de la misericordia de Cristo. ... y se inspira en este amor para el estilo de su mandato, vive

de él y lo da a conocer a la gente en un diálogo respetuoso con todas las culturas y convicciones religiosas» (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2016).

Es, en efecto, no solo lícito sino loable hacer el bien en sábado y en cualquier día que Dios nos conceda. La Iglesia vive como testigo e incluso como sacramento de la misericordia de Dios. Y la oración de san Pablo y de todos los santos es que ese amor misericordioso siga creciendo cada vez más.

SABADO, 31 DE OCTUBRE DE 2026
FLP 1:18B-26; SAL 42; LC 14:1,7-11

En este último día del Mes Mundial de las Misiones, mientras seguimos orando por los misioneros de todo el mundo y por todos aquellos a quienes proclaman la Palabra de Dios y llevan los sacramentos, el Evangelio de hoy nos hace centrarnos en una virtud esencial en la vida de todo misionero: la humildad.

La escena es muy humana y nos resulta familiar. Cuando los invitados llegan a una comida, eligen los mejores lugares para sentarse. Jesús aprovecha la ocasión para dar una lección sobre la vida espiritual.

«Cuando te inviten, ocupa el último lugar,» dice Jesús, no sea que el anfitrión se acerque y te pida que cedas tu lugar a otra persona, sino que más bien te invite a pasar a un lugar más alto. Luego extrae la lección moral: «Porque el que se engrandece a sí mismo, será humillado; y el que se humilla, será engrandecido.»

Jesús no está simplemente ofreciendo consejos sobre buenos modales. Está revelando las cualidades y la lógica del Reino de Dios.

En el mundo, a menudo estamos programados para buscar el reconocimiento, para avanzar, para adelantarnos a los demás. Pero el camino del Reino es diferente. Es el camino de la humildad, basado en el reconocimiento de que nuestro lugar no es algo que tomamos, sino que recibimos. Cuanto más humildes nos volvemos, más puede Dios actuar grandemente y llamarnos a un lugar más alto.

Juan el Bautista, el proto-misionero del Señor Jesús, vivió de esta manera, diciendo: «Es necesario que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3:30).

San Pablo, en la primera lectura de hoy, expresó un deseo similar a los primeros cristianos de Filipos. Escribiendo desde la prisión, reflexiona sobre su situación presente en comparación con su trabajo misionero anterior. Concluye humildemente: «Estoy plenamente seguro de que, ya sea por mi vida, ya sea por mi muerte, Cristo será glorificado en mí.»

No está centrado en sí mismo, ni en su situación, sino únicamente en que Cristo sea dado a conocer.

La humildad no es pensar menos de nosotros mismos. Es pensar menos en nosotros mismos —de hecho, mucho menos, porque nuestras vidas están centradas en Cristo. Cuando Cristo se convierte en nuestro centro, somos liberados de la tentación de afirmarnos a nosotros mismos, de compararnos con los demás, de buscar reconocimiento. Somos liberados para servir.

Por eso la humildad es esencial para la misión de la Iglesia.

El Evangelio nunca avanza eficazmente a través de quienes se promocionan a sí mismos buscando prominencia, elogios o cargos. Es proclamado por quienes están dispuestos a ocupar el último lugar —a servir en silencio, a dar sin llamar la atención sobre sí mismos, a dejar que Cristo sea visto en lugar de ellos mismos. Esto es lo que Jesús enseñó a Santiago y a Juan y a todos los discípulos cuando solían disputarse posiciones en lo que asumían que sería su gabinete terrenal como Mesías e Hijo de David. Jesús, en cambio, les enseñó que el primero sería el último y que el más grande sería el que sirviera a los demás (Mt 20:20-28).

En su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2002, san Juan Pablo II dijo que los misioneros aprenden esta humildad abrazando y proclamando —con palabras y

con el lenguaje del cuerpo— la Cruz de Cristo. «Contemplando la Cruz», dijo, «aprendemos a vivir en la humildad y en el perdón, en la paz y en la comunión.» En el Calvario y en la vida y la misión cotidianas, aprendemos a morir a nosotros mismos para que Cristo pueda vivir.

Eso impacta toda la cultura de la Iglesia y la manera en que llevamos a cabo la misión. No hay triunfalismo ni sentido de superioridad, sino uno de servicio auténtico. «Esta misión, después de todo, es [de Cristo]», escribió el Papa Francisco en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2023, «y nosotros somos simplemente sus humildes colaboradores, ‘siervos inútiles’». En su Mensaje de 2017: «La misión dice a la Iglesia que ella no es un fin en sí misma, sino que es un humilde instrumento y mediación del Reino.»

Hoy, el Señor nos invita a examinar nuestra conciencia para determinar, incluso mientras nos esforzamos por continuar su obra salvadora, si lo hacemos con motivos impuros, buscando en parte el honor y la gloria que son solo suyos.

Nos invita de nuevo a uncir nuestro yugo al suyo y aprender de él, que es manso y humilde de corazón (Mt 11:29), y a esforzarnos por llevar a cabo la misión que nos ha encomendado con la misma humildad que caracterizó su encarnación, nacimiento, vida oculta, pasión, muerte y entrega eucarística.

Y mientras nos preparamos para la celebración de Todos los Santos, pedimos a todos los que están en el cielo que oren por nosotros, para que, como humildes discípulos y misioneros hasta el final, podamos de hecho escucharle a Jesús decir: «Amigo, acércate a la cabecera», para unirnos a él y a ellos para siempre.